

CASTAÑEDA ARAGON,
POETA DE LA NOSTALGIA MARINERA

Escribe: MANUEL ZAPATA OLIVELLA

Es maravilloso cómo la poesía despierta las emociones dormidas. Muchos años de vida costanera, de revolcarse en la arena, de bucear ostiones y almejas, de correr la ola tras el velamen roto, de sorprender la noche en la proa de una chalupa y de oír cuentos de abuelos capitanes, no habían logrado revelarnos con su inmensidad, su hondura, su ansia, su sal, su misterio, como en los pocos poemas —el mar— que nos leyera el poeta Gregorio Aragón, viejo capitán que hostigado por los recuerdos desenrollara el polvoriento cuaderno de bitácora. Y pensando en la función de la poesía comprobamos que es necesidad biológica para la comprensión del mundo.

Así de la mano fuimos con Castañeda Aragón recorriendo caminos tantas veces hollados y que sin embargo, yacían en la sombra. Mar de fondo, marea baja, resaca de caracoles dormidos, bahías en silencio, un llanto de boga, una estrella naufraga, una mujer tendida en la playa, un barco con las esloras destrozadas, la noche que se moja en el mar, la ola suicida que agoniza en espuma, el marinero que se quedó sin barco y con la ansiedad marina, el niño hijo del mar, la tempestad sin orillas y los naufragos sin esperanzas. ¿En quién que haya intimado con el mar no hay un fondo de estas imágenes que yacen incrustadas en la sal de nuestros huesos como la herrumbre en los cascos de los barcos? ¿Y por qué sólo la poesía puede revelárnoslas como experiencias ajenas, como si no nos pesaran tanto como nuestras propias cicatrices, como si no las lleváramos tatuadas en los propios ojos, como si no fuésemos hijos de piratas y esclavas violadas en el caramanchel del barco negro?

Creemos que este desconocimiento de lo que sabemos, siéndonos tan íntimo, se debe a la falta de poetas marinos que nos

hayan ayudado a descubrir y amar el mar. No es algo circunstancial que los colombianos, amos de dos océanos, vivamos de espaldas al mar. Nuestros poetas no nos han llevado a navegar en sus versos mar adentro. Algunos como Artel se quedan en los puertos:

*Desde la orilla de mi copa
miro el mar ir y venir...*

No toman los remos para desafiar la tempestad. Ni siquiera en una noche de aburrimiento se les ve sondear la bahía con el anzuelo del desgano. Tanto estos hijos del Caribe con ojos de bucaneros innominados, como los otros, negros recolectores de tagua a orillas del Mar de Balboa. Helcías Martán Góngora intelectualiza su mar, pero el mar no cabe en el verso de quien lo contempla desde la orilla.

Es necesario ser pescador como Castañeda Aragón. Jugarse la aventura del mar de leva para saber de la poesía de las aguas quietas bajo del puente. Tener como él rocosa osamenta de corales para andar por la tierra sin que la nostalgia del mar lo mate con el relámpago del recuerdo. Haberse dejado cincelar por las olas como un risco solitario y que sobre las espaldas de este risco, los alcatraces y las gaviotas descansaran sus remos. Hediondo a brea y alquitrán, taponar la brecha del esquite y subir, alto, bien alto la bandera en la arboladura cuando la tempestad la ha roto.

¿Y entonces por qué su poesía no ha llenado el vacío que han dejado los otros poetas?

Porque Castañeda Aragón es también un marinero de tierra firme. El conocimiento del mar que le dio su infancia y su juventud en Santa Marta, le aguijonearon, náufrago que volvió con vida de la mar, a entrarse por los caminos de la tierra. Nosotros no podemos historiar su vida de argonauta caminante porque desconocemos la cartografía de sus pasos, como hasta ayer no más desconocíamos su canto marinero. Ha sido necesario que Javier Arango Ferrer rasgara las vestiduras de extranjero y extraño que lo envolvían en su propia patria, para que nosotros, que apenas sabíamos de su nombre, lo admiráramos con su desnudez de arponeador de sábalos. No es culpa de su poesía ni flaqueza de su pluma. Es miseria de profesores de retórica, olvido de antologistas improvisados, desdén de la patria y pereza, mucha pereza de nuestra juventud que se da por sabihonda y erudita con solo manosear un libro.

Y he aquí que de repente nos conducen al hallazgo. Javier Arango Ferrer nos pone primero frente al poeta, pero no contento con ello lo busca en persona, lo encuentra y nos lo entrega con su olor de viajes, con su voz que declina pero que tiene el eco de un trueno que en muchas ocasiones supo acallar el mar. Su cuerpo se bambolea al andar como albatros en la playa o como lo que es, marinero en tierra. Hay un espíritu juguetón de delfines en retozo en la dureza calcárea que tienen sus palabras. No se ha dormido el pescador que sabe arponear la ocasión al vuelo y la ironía, espuma y sal, salpica sin herir.

*Te quedas en la rada
con tus pulmones secos, aburrido.*

Nos pasearíamos infatigablemente oyéndolo contar sus narraciones marineras, aprendidas en más de un cruce de mar, que son como el tatuaje que la brisa y la ola dejaron en su piel que...

*Ya tiene el cuerpo quemado
por el verde cegador
del agua de la ensenada
y por la sal del ancón...*

Nos dormiríamos nuevamente como otrora en brazos de la abuela, cocinera de un balandro, cuando nos arrullara con su "Canción Para el Niño que Nació en el Mar":

*Dejen que entre el agua,
déjenla llegar!
Te daré una estrella,
la estrella polar,
y nieve de espuma
con sol y con sal,
con sol de las olas
con sal de la mar!*

Leeríamos en sus ojos más que en sus labios aquel relato de "Los Náufragos":

*Subieron a la roca más alta de la playa,
y ávidos de horizontes, tendieron sobre el mar
los ojos fatigados de la montesca raya
donde sangraba el último tajo crepuscular.*

Conoceríamos las mujeres de los puertos, fin de nostalgias de marinos que las evocaban en el mar y las tomaban en tierra como una obsesión. Como a "La Rapaza del Brick" que...

*Amaba el sol y la ola
y el relámpago y el viento.
Buscaba el mar con los ojos
y con los brazos abiertos.*

O la otra,

*La hija de la tabernera:
ojos de atún, dentadura
de loba, la carne dura...
todos la llaman Trainera...
Trainera es onda playera
vaivén de barca pesquera,
gritos en el mar.*

Todo ese andurriar por puertos, entre resaca de tormentas, esquifes enterrados y de vida sembrada en el mar donde no hay frutos que recoger, fueron dejando en Castañeda Aragón una nostalgia que ni los viajes terrestres, ni las mujeres, ni las montañas, ni las ciudades pueden desdibujar en su conciencia marinera. En la canción de sí mismo, como dijera Wittman, que es su "Elegía del Viejo Marino", habla de la angustia de quien pretendiendo huír del mar, comprende que es un océano que camina por las ciudades buscando un puerto donde desatar sus aguas.

*El único paisaje que no ha muerto
en tus cansados ojos es el mar...
Andar caminos de la tierra, fuera
llevar lejos, más lejos,
esa fatiga de ciudades tristes
que tanto pesa en tu fardel viajero.*

En la mayor parte de sus poemas marinos está sentada esta nostalgia por las cosas del mar. Su mar es ancho, lleno de sus propios tesoros y de los que él ha ido acumulando en su vida de arriero. Sumó su propia ansiedad a la ansiedad del mar. Sus olas se confunden en los recuerdos con los hombres, los albatros con la ilusión que vuela, la roca con el esqueleto cansado.

*Cada tarde hay conmigo
buena gente del mar
que canta, bebe y riñe
y de pronto se va...*

*Acaso soy el único
con quien no cuentan ya.*

Nostalgia por el amigo que supo morir en el mar para que allí lo sepultaran:

*Marino, una noche
te vi sepultar
en el lóbrego y claro
sepulcro del mar.*

Nostalgia al caer la tarde frente al mar:

*Otro barco pesquero,
húmedo de distancias ha venido.
El viento sopla igual, tardo, cansero.*

Nostalgia por el "Juan María, Capitán Sin Barco".

*Te quedas en la rada
con tus pulmones secos, aburrido.*

Diríase que en Castañeda Aragón hay una tremenda inconformidad porque en vez de crearlo mar inmortal, tan solo le dieron la vida para que como un barco más, lo surcara transitoriamente. Esta muerte de barco desmantelado y cojo, gruñendo en un astillero que no puede devolverle sus días de luz sobre el lomo arremolinado de las olas; esta muerte de pelicano desplumado en el risco de sus amores; esta muerte de caracoles enmarcados en una sala de souvenir o esa otra de marinero que supo escapar de la tormenta para morir a cuchilladas en una sala quirúrgica, le da pavor de niño en la oscuridad, de tortugas encalladas o de viento embotellado. No quiere morir porque se siente el mar, pero si de morir se trata, aconséjase entristecido, que no resignado.

*Húndete, inútil lobo, en la onda mansa
de una caleta. Acaba de quedarte
como un áncora vieja, abandonada.*

Pero no te morirás de muerte tonta y sosa como habremos de morir tantos. Sin pensarlo te has ido fundiendo con el mar en tus poemas y ellos, como el corcho, sobrevivirán a tu naufragio. El viento los esparcirá una y otra vez sobre la abierta bahía de la juventud, encenderán todas las noches la luz vigilante de los faros, para que otros marineros sepan recorrer con seguridad las aguas de tus mares.

*Aunque viejo, el velero
campea un temporal
y un día, aunque haya viento
contrario y tempestad,
¡qué diablos! largo el trapo
para siempre jamás!*

Ni aún así, marino, ni aún así, poeta, te morirás.